

Clara Voghan

Elegir al mentiroso

edición digital



© Clara Voghan, 2008

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Todos los derechos reservados.

Edición digital de CCM

de distribución gratuita,

se prohíbe su venta.

Información y comentarios:

claravoghan@mailbolt.com

Pedidos

y representación editorial:

CCM

claravoghan@lycos.com

CAPÍTULO V

—¡Cárdenas! ¡¿Qué está haciendo en mi casa?!

El corazón de Paula comenzó a latir con fuerza. Cárdenas era la última persona con la que quería encontrarse...

(¿La última persona con la que quería encontrarse?)

Y entonces una angustia fuerte la poseyó. Y por aquellas cosas locas e inexplicables, una oscura ansiedad comenzó a invadirla. De repente temía por la planta de jazmines. Sí, la planta de jazmines que había en el balcón de su jefe. Tenía horror de que alguien la hubiera corrido del lugar en que la había dejado, resguardada de los vientos helados del piso veintidós. Y más la observaba Cárdenas, más preocupada se sentía por la suerte de la planta.

¡Una locura!

—Lamento que mi presencia aquí te incomode, pero tu amiga me invitó.

—¡Por favor! ¡Greta no sabría ni como contactarlo!

—¿Me estás acusando de mentiroso? —preguntó su ex jefe, enojado.

—¿Acusarlo?! Usted es incapaz de decir una sola frase que no esconda una segunda intención.

—Eso no es lo mismo que mentir. ¡Yo nunca miento!

—De verdad, Cárdenas... ¿Qué ha venido a hacer aquí?

—¡Ya te dije! Greta me invitó... Cuando regrese, vas a poder averiguarlo tú misma.

—¿Adónde está?

—Fue a la cocina, para servirme algo. Y es que tu compañera, a diferencia de lo que ocurre contigo, sabe exactamente como ser gentil.

—¡Usted es un desfachatado!

—Veo que todavía no se te pasó la rabieta... Por cierto, ¿cuándo piensas regresar al trabajo?

—¿Está loco?! ¡No voy a volver nunca!

—¿Por qué?... ¿Has conseguido algo mejor? —preguntó con malignidad, mientras se aproximaba hacia ella para examinar la identificación del museo que pendía de su solapa.

—Eso no es de su incumbencia.

—Escucha, Berta... Has llevado esto muy lejos. No era como para hacer tanto escándalo.

—¡Quiso comprarme como si fuera una puta!

—No exageres... Desde hace un tiempo que quería encontrar una mujer fija. Tú estabas ahí..., y yo ya me había acostumbrado a verte. No me gustan los cambios. Así que te ofrecí lo que, desde mi punto de vista, era sólo un negocio muy ventajoso para ti. Claro que como eres una necia, lo desperdiciaste.

—¿Un negocio?!

—Sólo un negocio... conque dijeras que no, hubiera alcanzado... Por cierto, ¿cuándo vuelves a trabajar? Que yo sepa, no te he despedido, ni tú me has enviado un telegrama de renuncia. La casa está hecha un lío, y tengo un artículo que debes revisar antes del jueves.

—¿Se volvió loco?! Yo no puedo regresar allí. No después de saber...

—¿Qué?! —la interrumpió su ex jefe, embravecido. — ¿Qué sabes ahora, que antes ignorabas? No saques las cosas de proporciones, Berta — Y luego murmuró como para si mismo—. No es como si... me hubiera enamorado de ti, o algo por el estilo. Estabas ahí, y eso fue todo.

Mal que le pesara, a Paula aquellas palabras le dolían en su orgullo... Sí, sólo en su orgullo.

—¡Qué halagador! —respondió con fingida ironía, tratando de disimular sus sentimientos.

—Quiero decir... Estás a salvo conmigo. No corres ningún riesgo de que te ataque si estamos solos... De hecho, si intentara hacerlo, los dos sabemos que eres muy capaz de defenderte... Por cierto, ¡sí que tienes una mano pesada! – agregó Cárdenas, mientras se sobaba la mejilla.

Su antigua empleada no pudo evitar una sonrisa, que de inmediato trató de disimular.

—Mire, Cárdenas... Le agradezco que haya venido hasta aquí...

—¡No te confundas! Sólo vine porque tu amiga me invitó.

—Como sea... Pero no me sentiría cómoda si...

—¿Quieres un aumento?

—¡No! –respondió ofendida—. Lo que ocurre...

Pero él la interrumpió.

—¡Has visto! ¡Eres una necia!... Cuando un jefe te ofrece más dinero, nunca debes negarte. A lo sumo, desvías la conversación, de forma de mantener intacta tu capacidad negociadora. ¡Pero jamás lo rechazas! En tal caso, tendrías que haber dicho: “No se trata sólo del dinero”.

—¡Pero es que el dinero no es el problema!... ¡El problema es usted!

—¿Yo?!... ¿Acaso alguna vez intenté algo contigo?

—No, pero...

—¿Acaso fui abusivo y desconsiderado?

—Sí, pero...

—¿O te obligué a hacer algo que no quisieras?

—Bueno...

—Eres tú la que miente. He sido increíblemente agradable, bueno y considerado contigo. Claro que siempre te las ingeniaste para salirte con la tuya. Desde mi punto de vista, yo, contigo...

Cárdenas se detuvo abruptamente, y la observó de aquella forma intensa que la hacía estremecer. Por unos segundos Paula quedó atrapada en el brillo de sus ojos. Pero la voz de Greta los volvió a la realidad.

—Hola, Paulita... No te esperaba.

La joven llegaba de la cocina, trayendo un par de copas, y su mejor cara de inocencia.

—¡Ahh!... ¡Greta!... Justo a ti queríamos preguntarte algo.

—¡Sí! —la secundó Cárdenas. Pero al observar a la recién llegada, se extrañó —¿Te has mudado de ropa? No estabas precisamente vestida así cuando yo llegué.

La muchacha hizo oídos sordos, y en cambio, preguntó: —¿No tenías que ir a Misa, Paula? Ya son más de las ocho y media.

—¡La Misa! —saltó su compañera.

Ahora era a ella a quien Ezequiel observaba, confundido.

—¿La Misa?... ¿En la Iglesia? —preguntó tontamente.

—Tengo que irme.

—Te llevo.

—No, gracias, yo...

—No seas necia, mujer. La Iglesia más cercana queda a cuatro calles, y si no llegas antes del Evangelio, no te servirá.

Aquel concepto extraño, de que una celebración pudiera servir, o no, le resultó a Paula curioso. ¿Habría estudiado Cárdenas en un colegio católico, adonde las inasistencias se contaban incluso los domingos?... Como fuera, no tenía tiempo de averiguarlo. El reloj corría, y si algo estaba necesitando con desesperación, era que la Misa “le sirviera”. Reencontrarse con su propio centro, y recuperar la paz que, otra vez, Cárdenas se las había ingeniado para arrebatarse.

Sin discutir, jefe y empleada bajaron corriendo las escaleras, (de nuevo se había arruinado el elevador), y se dirigieron en silencio hasta la calle.

Pero una vez afuera, Paula se detuvo abruptamente. Allí estaba, aquel modelo deportivo al que hubiera preferido no subirse jamás. Ezequiel estaba acostumbrado a la

admiración y respeto que producía su pequeña maravilla importada, pero la actitud de la muchacha lo confundió.

—¿Por qué te detienes? Tú ya conocías mi auto.

—Sí... —respondió Paula, desolada, para luego murmurar en forma inaudible —Por desgracia.

Fue todo cuestión de cerrar las puertas del auto, que se deslizaron con inusitada suavidad, para que los dos se quedaran quietos, atentos a aquel silencio tenso.

—¿No vas a abrocharte el cinturón, Berta?

—Sí..., claro... —dijo ella, mientras lo rebuscaba por encima de su hombro derecho.

—¿Quieres que te ayude? —se ofreció él—. No puedo arrancar si no lo tienes puesto.

—Por favor.

—Permiso... —suplicó, respetuoso. Y recién entonces se inclinó con suavidad sobre ella.

Sí... Aquel galán no necesitaba demasiado para ponerla a temblar.

El resto del viaje fue tan breve como silencioso, y enseguida llegaron a la Iglesia, en medio de una solemnidad que hacía pensar que ya estaban allí.

—Muchas gracias —dijo Paula, soltándose el cinturón, mientras se apuraba a abrir la puerta, (¡al menos eso “sí” lo recordaba!)

Pero justo cuando estaba a punto de descender, Cárdenas la tomó del brazo, y la detuvo con determinación.

Por un segundo sus miradas se encontraron.

—¿Y entonces? —dijo al fin —¿Mañana te espero, no?

No... Al parecer no iba a ser tan fácil.

* * *

Por supuesto que no pensaba volver.

No quería volver...

No podía hacerlo.

Claro que la última semana, (bueno, apenas seis días), había servido para demostrar que Paula tenía la situación bajo control.

Y Cárdenas no era tan estúpido como para cometer dos veces el mismo error, así que, desde ese punto de vista, no corría ningún peligro. Entonces... ¿por qué la posibilidad de regresar a su lado la llenaba de tanta angustia?

Como fuera, por supuesto no pensaba volver.

No podía hacerlo.

No quería hacerlo...

¿O sí?

—¡Paula!

Mezclado entre la multitud que salía de la Iglesia, y como si la hubiera estado esperando, Juan Pablo la llamaba. Se veía distinto. Extraño...

—¡Paula!... ¡Espera!

—¿Te ocurre algo, Juampi? Estás todo colorado.

Su amigo era de ese tipo de hombre blanco al cual los sentimientos se le notaban en la piel. Bastaba la menor vergüenza para que todo él se tiñera de un rojo embravecido. Pero esta vez era distinto. No era rubor, sino furia, lo que hacía arder su rostro.

—A mí no me ocurre nada —respondió de mal modo—. ¿Y a ti?

—No... ¿Por qué habría de ocurrirme algo? —mintió Paula. Pero no era buena para hacerlo, así que de inmediato desvió la conversación, incómoda— ¿Qué hacías aquí?

—Vine a Misa.

—Eso no es cierto... Pasé la canasta de la limosna por todo el Templo, y no te vi.

—Vine a Misa..., pero no entré.

—¿Por qué?

—Dime, Paula..., pero dímelo de verdad, ¿me tomas por idiota?

—¿A qué te refieres?

—A que no te entiendo.

—Soy yo la que no te entiendo a ti... ¿Acaso la Fe es otra de las cosas que “tolerabas” para poder conquistarme?

—No te metas con mi conciencia, sobre todo cuando la tuya es una mierda.

—¿A qué te refieres? No te entiendo.

—¡Va... vamos, Paula! ¿Crees que puedes engañarme con tus aires de niñita buena e inocente?

—¿Te has vuelto loco?!... Mejor me voy, Juan Pablo. Francamente, me das miedo.

—¡Te vi!... ¡No intentes ocultarlo! —gritó, mientras la asía del brazo con violencia.

—¿Qué viste?

—A Cá... Cárdenas saliendo de tu casa. ¡Él te trajo!

—¡Por favor, Juan Pablo! —suplicó la muchacha, soltándose.

—¡No te molestes en negarlo! ¡Yo mismo los seguí hasta aquí!

—¿Nos seguiste?!

—¿Pasó la noche contigo, no?... Confiesa, ¿la pasó?

—¿Te has vuelto loco?!

—¡Vamos, Paula! ¡No lo niegues!... Estás caliente con él. Conozco bien todos los signos... Sí... ¡Caliente!. Lo sé... Mil veces vi esa mirada en tus ojos.... Es la misma puta mirada que tenías cuando Bru...

La muchacha le cruzó la cara de un sopapo, lo cual produjo un pequeño revuelo a su alrededor.

Algo debía andar muy mal en su vida para que tuviera que abofetear a dos hombres distintos en una misma semana.

¿Sería ella el problema?

—Mira, Juan Pablo. Cárdenas vino a ofrecerme de nuevo el trabajo, pero...

—¿Piensas aceptar?... No puedes hacerlo. ¡No debes hacerlo!

—Escúchame, por favor... De verdad amaba a mi amigo Juan Pablo Pavón. Mi vecino de toda la vida. Mi compañero fiel... Pero a este hombre ridículo que me sigue, me prejuzga, y, a pesar de eso, dice estar enamorado, no lo conozco en absoluto, y no lo quiero conocer. Olvídate de mí, por favor. ¡No quiero volver a verte nunca más!

—¡Claro! ¡Si ahora lo tienes a Cárdenas otra vez!

—¡Eres un idiota! —dijo Paula con desprecio, dándose la vuelta para alejarse.

Pero una vez más él la retuvo con violencia.

Y entonces, como salido de la nada, apareció aquel galán para rescatarla.

—¿Te está molestando?

—¡Hola! —se entusiasmó la joven al notar la presencia de su salvador.

—¡¿Y ahora, quién es este imbécil?! —se enojó Juan Pablo, al ver a su contrincante.

—Alguien que te va a romper la cara si le faltas el respeto.

—Déjalo, Agustín... No vale la pena.

—¿Conoces a este tipo? —le preguntó el joven abogado.

—No... Es un extraño para mí. Y espero no volver a verlo nunca más... ¿Podemos irnos?

Juan Pablo se quedó solo, parado en medio de la calle, ahora vacía, contemplando como la felicidad se le escurría de las manos, para siempre.

Miró hacia el Templo, sombrío y silencioso.

Se sentía estafado.

Sí... Quizás no había obrado bien... Quizás había cometido un gran pecado.

Pero nadie merecía semejante infierno.

* * *

—¿Quién era ese tipo?

—Quisiera poder contestarte, pero ya no sé... Solía ser mi vecino. Su madre lo llevó a verme al hospital el día que nació. Nos criamos juntos, y nos volvimos amigos inseparables. Y de repente, cambió... Hubiera apostado mi vida a que lo conocía mejor que a mí misma. Pero no. Durante años permaneció a mi lado en medio de una mentira, sin que pudiera darme cuenta.

—O quizás no querías darte cuenta...

—Sí... Probablemente eso es lo que ocurrió... ¿Sabes? Mendoza era distinto. Me educaron para confiar en los demás... Pero aquí todo se enturbia. La gente parece correr al grito de un “sálvese quién pueda” colectivo, y convivir con la mentira, ya no los asusta.

—Son las diez de la noche, ¿quieres ir a cenar? El restaurante de enfrente es estupendo.

—No sé... No tengo hambre.

—Créeme, puedo leer en tu cara que necesitas distenderte cuanto antes.

Paula suspiró, y se dejó conducir mansamente. Sí, se sentía muy cansada y triste. Necesitaba un poco de mimos, ¿y quién mejor que aquel castaño hermoso para dárselos?

—¿Todavía sigues trabajando en el museo? —le preguntó él, señalando la identificación que pendía sobre la solapa de la joven.

—¡Disculpa! —suplicó ella, mientras se apuraba a quitársela—. Te prometo que la próxima vez que cenemos juntos voy a vestirme para la ocasión.

Los ojos de Agustín brillaron.

“Sí..., la próxima vez...”, se dijo a si mismo, satisfecho.

—Creí que lo del museo se trataba de algo temporal.

—Por fortuna hoy era el último día.

—¿Te resultaba muy agotador?

—No... Pero tener que hablar durante horas con viejas snobs es horrible.

—¿Tenías que explicar los cuadros?

—¡No eran cuadros! Trabajaba en el “Museo Eva Perón”. Explicaba historia política argentina, cuidando, por supuesto, de dar siempre “la versión for export”.

—Que al parecer dista mucho de la tuya.

—Al mundo le gusta venerar figuras emblemáticas. Crear íconos... Y nadie que haya vivido de verdad puede calificarse así.

—Hablando de otra cosa...

—Es como si no nos animáramos a conocer a la gente. Nos asustan las imperfecciones, la realidad. Y preferimos hundirnos en la fantasía de las ideas abstractas.

—Tienes razón... Y, cambiando de tema...

—Como hoy, por ejemplo. Al museo llegó una turista alemana. ¿Te imaginas? La mujer se baja del avión, ve el hambre y la miseria por todos lados. Niños mendigando por las calles... ¡¿Y qué se le ocurre hacer?! No tiene mejor idea que donar treinta mil euros para el museo dedicado a una mujer a quien denominaban “La abanderada de los humildes”... ¿Sabes cuántos platos de comida se podrían comprar con treinta mil euros?

Paula se había dejado llevar por la rabia, indiferente al aburrimiento de su acompañante.

El camarero les acercó el menú.

—Claro que, con estos precios, de seguro no muchos...

—¿“No muchos”, qué? —preguntó el joven abogado, sin entender.

—¡Platos de comida! De seguro no se pueden comprar muchos, con estos precios.

—Ah...

—De verdad. Es como si nos negáramos a ver lo que nos desagrada, de aquellos que queremos.

Agustín la observó, confundido. ¿Cómo habían llegado desde los “platos de comida”, hasta esa conclusión existencial?

Como fuera, ya hacía un montón de tiempo que estaban sentados allí, y ni siquiera se aproximaba a averiguar lo único que le interesaba saber. Toda la filosofía barata de la

niña le estaba quitando el apetito, pero se veía tan alterada, que decidió no interrumpirla.

—De verdad, Agustín... Sólo vemos lo que queremos ver. Clasificamos a la gente con estereotipos, y encerramos su esencia en ellos. Los rotulamos: “este es bueno”, “aquel es mentiroso”, y con eso creemos definir toda su verdad... Toma a Juan Pablo, por ejemplo...

—¿Juan Pablo?

—El tipo de recién.

—Tu amigo de la infancia.

—Y yo te pregunto, ¿quién es Juan Pablo?

—Tu amigo de la infan...

—¡No! ¡Me refiero a quién es de verdad!

Agustín ya no sabía qué decir, a pesar de que la muchacha lo observaba como si él poseyera la quintaesencia de la sabiduría.

—Es... —comenzó a decir tímidamente, sólo por complacerla.

Pero Paula lo interrumpió.

—¡Es un falso! ¡Un mentiroso! ¡Peor que Cárdenas!

“¡Finalmente!”, pensó Agustín. Aunque había hecho mal en impacientarse porque, al parecer, cuando se trataba de Paula, todos los caminos llevaban siempre a Ezequiel.

—¡Cárdenas es el peor! —se apuró a decir, para incentivarla.

—¡Imagínate que venir con esa tontería de que Greta lo había invitado!

—¿Greta?

—Mi compañera. La muchacha que vive conmigo.

“Y por eso el modelo deportivo estaba en la puerta de tu edificio”, pensó Agustín. Pero, por supuesto, se cuidó muy bien de hacer semejante comentario.

—Bueno, Paula... Quizás sea cierto, porque...

El joven abogado se dio cuenta de inmediato, por la cara de su acompañante, que había dicho lo último que ella quería oír.

—¡Nunca! Greta conoce muy bien sus límites. ¡No! Es una mentira... Una sucia mentira, como todas las demás que dice Cárdenas ni bien abre su boca.

Por un segundo se quedó callada. Agustín ya se estaba preguntando como salir de aquella incómoda situación, cuando de nuevo su acompañante explotó como catarata.

—Pero, ¿qué puedo esperar de Cárdenas, si mi amigo de la infancia, el hombre con el cual me he criado, piensa que soy una puta?

Los ojos del doctor Lavalle brillaron. ¡Al fin surgía algo interesante en medio de tanto aburrimiento!

—¿Te dijo eso?

—Recién.

—Pero..., ¿por qué?

—Piensa que me acosté con Cárdenas.

“¿Y lo hiciste?”, estuvo a un tris de preguntar, pero, por fortuna, se detuvo a tiempo.

—¡Qué tontería! —dijo, en cambio—. Yo apenas te conozco, y sé perfectamente que serías incapaz.

Paula lo observó con sus inexorables ojos castaños.

—¿Por qué? —preguntó, impiadosa.

—¿Perdón?

—¿Por qué crees que no lo haría?

“Porque eres una tonta”, pensó de inmediato su galán. Pero, en cambio, dijo:

—Porque eres una buena cristiana, y una mujer de principios.

—¡Gracias!... Y eso lo sabes incluso tú, que apenas me conoces... Pero además, aunque no tuviera mi Fe, soy el tipo de mujer que sólo se acostaría con un hombre si lo amara... Mucho.

Y no terminaba de decirlo cuando, de la nada, de nuevo brotó aquella estúpida angustia por la suerte del jazmín.

¿Alguien se habría tomado el trabajo de regar la planta en su ausencia?

—¡Y tú jamás podrías enamorarte de un mentiroso como Ezequiel! —exclamó Agustín en forma vehemente.

Y fue tanto su entusiasmo, que la muchacha volvió de inmediato a la realidad.

—Ah... Sí... Sí, claro.

—¿Por qué dudaste?

—Me distraje... Como sea...

Agustín se apuró a interrumpirla. Si seguían así, iban a llegar a los postres sin que él hubiera averiguado el motivo de la visita de Ezequiel.

—Así que tu amiga lo invitó.

—¿A quién?

—¡A Ezequiel!

—¡No! Él vino porque quiere que me reintegre al trabajo.

“¡Sí!”, pensó Agustín complacido. “¡Qué mejor que tener una espía en el centro mismo de la acción!”

—¡No! —dijo, en cambio—. ¡Qué caradura!

—¡Por eso!

—Te habrás negado, por supuesto.

—¡Por supuesto!

—Aunque...

—¿Aunque?

—Pensándolo bien, no habría mejor forma de demostrarle a todos tu punto, y lo equivocados que están.

—¿A qué te refieres?

—Tu amigo entendería de una vez por todas que lo tuyo con Ezequiel sólo se trata de trabajo.

—Lo dudo. Cuando no se tiene confianza en alguien, no importa que tanto se esmere el otro en obrar correctamente, siempre se duda. Fíjate en mi caso, por ejemplo. Tengo veintisiete años, y con el único hombre con el que me he acostado, es mi marido, ¡y sólo después del casamiento! Pero, a pesar de eso, tengo que soportar que los dos hombres que mejor me conocen, me hayan tratado de puta. ¿Qué puedo esperar de los extraños, entonces?

“¿Así que Ezequiel te conoce tanto?... ¡Qué interesante!”

—¡Más razón para aceptar la propuesta de Ezequiel! Tienes que demostrarle al mundo el tipo de mujer que eres.

—No... —respondió Paula, abatida—. No puedo... No quiero... ¡No pienso hacerlo!

En su interior, Agustín reflexionó. ¿Qué hacía un tipo tan orgulloso como Ezequiel, humillándose así frente a una

muchacha tan insignificante? Lo del medio millón había sido ridículo, pero comprensible. En cambio, esto...

A menos que...

—¿Crees que Ezequiel sabe que nos estamos viendo?

—¿Nos estamos viendo?... ¿A qué te refieres?

—Tú y yo —respondió algo ofendido.

—Yo no se lo dije.

Pero su acompañante no la escuchó, enfrascado como estaba en sus propias elucubraciones.

“¡Claro! Esa es otra explicación más lógica... El querido jefecito se encuentra en medio de una investigación, y quizás esta tonta es una pieza clave en ella. Alguien que quiere tener cerca y proteger, para usarlo luego como testigo... ¿Tendrá algo que ver Eusebio Cantagalli en todo el asunto?... ¡Sí, quizás es eso!... Ezequiel es muy capaz de llegar a cualquier extremo por obtener una noticia, o alcanzar lo que quiere. Puede armar cualquier teatro..., pero humillarse..., ¡jamás!”

—Por las dudas, no lo hagas —imploró luego de un largo y meditado silencio.

—Disculpa, me distraje. ¿Qué cosa no debo hacer?

—Decirle a Cárdenas que nos hemos visto fuera de la redacción.

—Lo lamento, pero no se lo voy a ocultar si me lo pregunta directamente. No me gusta mentir.

—Eres demasiado inocente... Si vas a trabajar junto a un mentiroso, tienes que tomar precauciones.

—¡Ni loca vuelvo con él!... Es decir, a trabajar con él – se corrigió la muchacha de inmediato.

—¡Tontita! –respondió el doctor Lavalle, mientras extendía la mano para acariciar su mejilla.

Pero Paula se la retiró con disgusto. Aquel “tontita” no sonaba muy distinto al “mujer necia” de Cárdenas.

—Disculpa, no quise ofenderte, querida. Pero me gustaría poder ayudarte a pensar, porque estás confundida... ¿Qué hay de malo en volver a tu trabajo? Eres mejor en eso que atendiendo viejas ricas, y es tu obligación moral dar lo máximo también en tu profesión. Por otra parte, ¿cómo sabes que Dios no te puso al lado de Ezequiel para que controles su maldad?

“Y para que me cuentes todo lo que trama, así yo también puedo sacar provecho”, pensó.

—De verdad, Agustín...

—¿Dónde mejor que en ese trabajo, para jugarte por tus principios?... Además... Cuando cenamos el otro día me dijiste que querías investigar a Eusebio Cantagalli, ¿cómo crees que podrás hacerlo si no estás en “RLP”?... Incluso, si me das tiempo, yo mismo podría conseguirte algunos datos.

Y luego, quién te dice, hasta quizás podríamos intercambiar información. ¡Juntos formaríamos un gran equipo!

Paula lo observó con desconfianza.

Se había dejado llevar por el entusiasmo, y aquella niña no era ni tan tonta, ni tan tontita como para no notarlo.

—No pienso trabajar de espía para ti, si a eso te refieres.

—¿Espía?!... ¿Espía?!... ¡A quién se le ocurre!... ¿Cómo puedes juzgarme tan mal? Eso sería bajo y ruin. ¿Cómo si yo tuviera algo que ocultarle a mi jefe!... No, Paula, te aseguro que nunca vas a encontrar a otro hombre tan transparente y sincero como yo.

La muchacha suavizó su gesto. Sí... De tanto vivir rodeada de mentirosos, se estaba volviendo demasiado desconfiada.

Después de todo, ¿qué había hecho el pobre Agustín Lavallo para que ella dudara así de él?

* * *

Las diez de la mañana.

El corazón de Paula latía con fuerza.

Todavía estaba a tiempo de arrepentirse. Simplemente era cuestión de darse la vuelta y...

El ruido que hizo la puerta al abrirse con violencia frente a sus propias narices, la asustó.

—Ah... Eras tú. Llegas dos minutos tarde.

Sí... Esa era la cálida bienvenida de su jefe... Pero, por alguna extraña razón, aquellas palabras ásperas sirvieron para calmarla.

Sí... Había hecho lo correcto...

Ese era su lugar.

Paula entró a la cocina en el mismo instante en que Cárdenas partía hacia la sala, dejándola sola. Para su sorpresa el desayuno estaba a medio preparar, y había dos tazas en la bandeja.

La joven se apuró a colocar las tostadas en el plato, servir el café, y llevar todo hasta la mesa del comedor. Allí estaba Cárdenas, leyendo el diario a medio vestir, como solía hacerlo todas las mañanas... ¿Estaría acompañado?

—¿A quién buscas, Berta?

—En la bandeja había dos tazas.

—Ah..., sí... Siéntate.

Desde que se había levantado, nada había sido fácil para Paula. Y quizás por aquella angustia que había acarreado desde la noche anterior, no había encontrado el tiempo suficiente como para atar su cabello, que ahora caía como una catarata de bucles sobre sus hombros. Era extraño estar sentada allí, frente a su jefe, sin tener su rodete. Era como si no se tratara de trabajo, sino de... una cita.

La muchacha desvió su mirada, y pudo darse cuenta que también Cárdenas lo había notado.

Parecía hipnotizado por el movimiento de las ondas que caían sobre sus pechos. Paula se ruborizó. Y fue sólo cuestión de que sus mejillas enrojecieran para que, como si él lo hubiera intuido, volviera de inmediato a su diario.

¿Así iba a ser todo de ahí en más?... ¿Cada día iba a tener que transcurrir en medio de esa extraña tensión entre ambos?...

¡Era una locura!... Era peligroso...

Era embriagador.

Paula se puso de pie, y se dirigió hacia el balcón, mientras ataba un nudo en su cabello, de forma tal de mantenerlo controlado, aunque fuera provisoriamente.

Podía sentir la mirada de su jefe siguiendo sus movimientos, así que, incómoda, se asomó al vidrio, para ver el exterior.

—¿Qué buscas?

—Es que había un jazmín, y temo que...

—Yo lo regué.

—¿Usted?

La muchacha lo observó confundida, y Ezequiel se encerró en su diario, como si aquella mirada le produjera vergüenza.

—No sé por qué le has tomado tanto cariño a esa estúpida planta...—refunfuñó—. Antes de que llegaras aquí, ni siquiera sabía que existía...

Se produjo un silencio tenso.

“Vamos”, imploró Paula en su interior. “Vamos Cárdenas, di una de esas cosas horribles que sueles decir, por favor... Algo que me haga odiarte... Muéstrame ese veinte por ciento que sabes ocultar tan bien”

Y como si su jefe hubiera podido escuchar sus pensamientos, no tardó en complacerla.

—No perdamos el tiempo, Berta... Se ha acumulado demasiado trabajo en tu ausencia. Y no me refiero a la casa. Es más, no quiero que pierdas el tiempo haciendo de criada. Te necesito para cosas más urgentes... Tal parece que los otros se han malacostumbrado contigo, y ya no saben hacer nada. La revista sale el jueves, y preciso que controles las diez notas principales que van en ella.

—¿Quiere que corrija la redacción?

—No. Todo... Necesito que hagas mi tarea, porque yo estoy investigando algo.

—¿Algo?

—No es asunto tuyo...

La muchacha se quedó pensativa.

—¿No me escuchaste, Berta?... No quiero que pierdas el tiempo.

—Es que... Yo volví al trabajo..., pero con una condición.

La mirada azul de Cárdenas estalló en millones de chispas.

—¿Una condición?!... ¿Después de la bofetada que me diste, todavía crees que puedes darte el lujo de poner “condiciones”?!... Si la tonta de tu compañera no hubiera intentado seducirme, hoy tú no estarías aquí, así que no abuses de tu suerte...

—Como guste... Pero no voy a poder continuar trabajando si mi horario no se respeta.

—¡No digas tonterías, mujer! Todos mis empleados saben a la perfección que su horario termina cuando acaba su trabajo. Nunca antes.

—Pues yo necesito...

—¿Insistes con esa estupidez de la Diplomacia?

La joven agachó la cabeza, y su jefe se envalentonó.

—Mejor. No era para ti.

—No abandoné la idea. Sólo la pospuse hasta que aprenda el portugués.

—¡Excusas! Sabes que yo tenía razón.

—No sé portugués, y...

—Alguien que habla cuatro idiomas con soltura, no se asusta por aprender uno más... ¡No seas orgullosa! Reconoce que te has equivocado.

—¡Yo no me equivoqué!... Y a usted más que a nadie le conviene que no empecemos a hablar de equivoca...

Cárdenas no la dejó terminar.

—¿Y entonces para qué quieres irte temprano? ¿Para salir con tu novio?

—Yo no tengo...

Paula había comenzado la frase con mucho ímpetu, pero al ver la sonrisa de satisfacción de su jefe, se apuró a volver atrás.

—Sí..., para salir con mi novio —se retractó.

Cárdenas abandonó su diario sobre la mesa, y la observó con descaro.

¿Así iba a ser siempre, de ahí en más?

—Bueno... Entonces veremos de darte el tiempo suficiente como para que no descuides al pobre muchacho... Y ahora, vete ya mismo a trabajar. La vida no se detiene porque estés enamorada.

La muchacha se apuró a obedecer a su jefe, y Cárdenas volvió a quedarse solo y pensativo.

Luego tomó su celular, marcó un número, y con voz queda comenzó a hablar.

—¿Carmen?... ¿Recuerdas lo que te pedí el viernes? Sí, la agenda... Bueno, necesito otro favor.

* * *

Dos borrachos yacían en las sombras. Paula los esquivó con soltura, y se apuró a cruzar la calle.

Eso era lo malo de andar tan tarde por allí, sobre todo en invierno. Claro que Cárdenas se había ofrecido a pagarle el taxi, (cosa a la que ella había accedido de inmediato), pero a último momento había preferido embolsar el dinero, y tomar el bus.

Por fortuna, ya faltaba poco para llegar a casa.

Una tos seca que se escuchaba a la distancia la distrajo. Y otra vez tuvo aquella horrible sensación de estar siendo vigilada. Apuró el paso y aguzó el oído. ¡Allí estaba! Aquel ruido inconfundible de un llavero inmenso, balanceándose rítmicamente. Llaves, tos... Era él... No había duda.

Paula echó a correr, pero sólo para darse vuelta abruptamente, y así sorprender a su acosador.

—¡Escucha, idiota! —gritó sin mirar—. Si crees que...

La muchacha se estremeció. ¡Aquél no era Juan Pablo!

—Disculpa si te asusté, Paula. No fue mi intención.

—¿Qué haces siguiéndome en medio de la noche, Agustín?

—Es que últimamente apenas podemos vernos... ¡Parece a propósito! Cuando tú terminas temprano, yo tengo trabajo, y cuando llegas tarde, yo estoy libre. Es como si alguien cruzara nuestras agendas... .

—¡Es cierto!

—Entonces, ¿por qué no aprovechamos este encuentro, y vamos a tomar algo?... Temo que si pasamos más tiempo alejados, te olvides de mí, y ya no me extrañes.

La joven sonrió.

—No sé... Mañana tengo que entrar a las ocho, y luego me espera un montón de trabajo...

—Me imagino, porque yo tengo el día libre... Pero, aunque sea por hoy, pierde unas horas de sueño, y ven conmigo... —suplicó el doctor Lavalle con una sonrisa encantadora.

Y la pobre muchacha no tuvo el valor para negarse.

A pesar de su agotamiento, Paula se dejó conducir hacia el auto de aquel galán.

Sí... Quizás también necesitaba un poco de diversión... Y aquel doctorcito era alguien en quien podía confiar.

Antes de ponerse en marcha, Agustín observó a su presa, complacido.

Mientras, en la vereda, oculto tras un árbol, Juan Pablo Pavón tiritaba de frío, preguntándose cuánto tiempo más iba a poder soportar aquel gélido infierno al cual había sido tan injustamente confinado.

* * *

—¿Cuánto hace que no nos vemos, Paula?

—Yo creo que la última vez fue aquel domingo, antes de que regresara a trabajar con Cárdenas...

—Desde entonces te he dejado cientos de mensajes en tu contestadora.

—Y yo te los he respondido todos...

—Sí... Pero no sé qué le ocurre a mi secretaria... Por lo visto Carmen está vieja y olvidadiza, y, si fuera por mí, la hubiera despedido hace rato. Pero nuestro jefe le tiene mucha simpatía... Como sea, tus respuestas siempre me llegan tarde... ¿Cómo te están yendo las cosas con Ezequiel?

—De maravillas... La verdad es que el trabajo es fascinante.

—Eso no fue lo que te pregunté.

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo te van las cosas con Ezequiel? ¿No volvió a insistir con...?

—No hay tiempo para insistir con nada. No tienes ni idea la cantidad de información que procesamos todos los días.

—¿Y no te resulta incómodo...?

—¡Claro que es incómodo! Es increíble como el trabajo se acumula. Casi no da tiempo para...

—¡Paula!... ¿Me vas a dejar terminar alguna frase, o prefieres continuar hablando sola? —preguntó el otro, enojado.

—Disculpa.

Por lo que podía ver, la muchacha estaba a la defensiva. Era obvio que entre su jefe y ella ocurría algo.

—Mira, Paula... Voy a ser franco contigo. La verdad es que me resulta difícil pensar que puedas estar todo el día al lado de un tipo como Ezequiel, sin que...

Al ver la reacción de la muchacha, se detuvo en medio de la frase. Ella se apuró a responderle, airada.

—¿Qué ocurre?! ¿Ahora, de repente, también tú desconfías de mí?

—De ti no... De Ezequiel.

—Y si es así, ¿por qué me llenaste la cabeza para que volviera al trabajo?

—Porque en su momento pensé que ibas a ser capaz de mantenerlo a raya... Pero viéndote tan ansiosa...

—¿Tan ansiosa?... Nunca me sentí mejor.

Paula no mentía. En efecto, aquellos dos últimos meses habían sido luminosos para ella. Junto a Cárdenas había recobrado esa rutina de trabajo e intimidad en que ambos parecían sentirse tan cómodos.

Agustín insistió.

—¿Me vas a decir que no hay ni un poco de tensión sexual, a pesar de que están juntos y solos casi todo el día?

En ese momento llegó el camarero con el pedido, y la joven, por toda respuesta, se abocó a paladear su plato.

—Realmente tenía hambre —dijo al fin a su acompañante, que la miraba sin probar bocado, ni ocultar su enojo—. Y este salmón está riquísimo.

—¿Qué ocurre entre ustedes, Paula, cuando están solos?

—¿Qué quieres que ocurra?... Sigo siendo la misma mujer de principios que rechazó los quinientos mil dólares, y Cárdenas, el mismo mentiroso. Cada día recojo uno o dos preservativos usados. Eso es lo único que puedo decirte de su vida privada. Por el resto, todo se limita al trabajo.

—¿Y me vas a decir que en todas esas horas, nunca hablan de otra cosa?

—Sí... Hablamos... Política, cine, libros, comidas... Cosas.

—¿Nada personal?

—Jamás.

—¿Y él nunca te mira, o...?

—¡Nunca! —respondió la muchacha con decisión.

Pero, para su desgracia, no sabía mentir. Y aún a pesar de la pálida luz de las velas, el doctor Lavalle pudo notar de inmediato como el rubor se adueñaba de sus mejillas.

“¡Mierda que es astuto, este hijo de puta!”, se dijo Agustín. “Está haciendo lo mismo que con Daniela Mum. El muy desgraciado le suspiró en la nuca durante un año, hasta que por fin pudo llevársela a la cama... Y es que cuando se trata de mujeres, su paciencia es infinita”

—Te quedaste callado, Agustín.

—Pensaba en Ezequiel... En la redacción se comenta que anda en algo grande.

—Si es así, lo ignoro. Jamás me cuenta esas cosas.

—Sin embargo, tú parece saber mucho más de él que todos los demás.

—¡Esto está muy bueno!... —exclamó la muchacha, sin responder—. Aquí sí que saben preparar el pescado.

El doctor Lavalle meneó la cabeza con decepción. ¡La estaba perdiendo!... Como siempre, el jefe se aprestaba a ganar la partida, cualquiera que fuera... No faltaba mucho para que esa tonta cediera. ¡Podía leerlo en su mirada! ¡En la forma en que hablaba de él! Y, para colmo, la niña era en

verdad una mujer de principios, y se tomaba muy a pecho lo del pacto de confidencialidad... No... Si no obtenía pronto sexo, o información, todo el trabajo que se había tomado con ella, iba a ser tiempo perdido..

—¿Conseguiste sacarle algo sobre Eusebio Cantagalli?

—¿Cómo dices?

Agustín se impacientó

—¿Averiguaste algo sobre el tipo que masacró a tu marido? —preguntó de mal modo.

Paula volvió a ruborizarse.

No... Hacía mucho tiempo que no pensaba en Cantagalli... Ni en Bru. Ni en su pasado, ni en la promesa que todavía estaba pendiente, ni en su futuro...

Ni en Bru.

—¿Y tú, Agustín?... ¿Crees que podrías llegar a obtener alguna información para mí?

—Si todavía te interesa... Porque últimamente me da la impresión que te estás ocupando de otras cosas...

Durante el resto de la comida, apenas se hablaron, enfrascados como estaban en sus propios pensamientos.

Como si se tratara de un litigio, el joven doctor urdía una estrategia para ganar el caso, (o, lo que era lo mismo, a la niña) Debía ser precavido, y adelantarse a su jefe. Tenía que conquistar cuanto antes a Paula, si quería tenerla de su

lado. Debía llevarla a la cama, fuera como fuera, antes que Ezequiel. La pobrecita era tan tonta, que confundía sexo con fidelidad, y si lograba ganarle de mano a su jefe, se aseguraba la lealtad de la muchacha para siempre.

Paula, en cambio, apesadumbrada, no pensaba en Agustín, ni en Juan Pablo... Ni siquiera en Cárdenas...

Por el contrario, ahora sólo recordaba a Bru.

Horrorizada porque, sin darse cuenta, lo había comenzado a olvidar.

* * *

—Este es el último plato.

—¿Quedó limpia la mesa?

—Estás hablando con un experto. Por supuesto que quedó limpia.

—Ya casi son las once de la noche... Si me apuro...

—Ya hablé con Raúl para que te pase a buscar con el auto de la redacción en una hora. Me gustaría que, antes de irte, revisáramos juntos el artículo de la multinacional.

—De acuerdo... Pero mañana llegaré a las nueve. Necesito dormir aunque sea un poco.

—Llega a las ocho y media. Le diré a Raúl que también te traiga.

Paula estaba parada ante el fregadero, limpiando la vajilla que acababan de usar. Ezequiel se había sentado sobre la mesada, justo a su lado. La miraba complacido, y sólo de tanto en tanto, le acercaba algo.

—¿Está cómodo ahí, mientras yo trabajo?

—Muy cómodo.

—Podría, aunque más no fuera, poner el agua para el café, ¿no le parece?

—Si tú lo ordenas...

Cárdenas se puso de pie de un salto, llenó la cafetera de agua mineral y café torrado, la encendió, y volvió a su sitio.

—¿Tan rápido?

—Yo soy así... Siempre eficiente.

—¿Que tal si busca el artículo que tenemos que corregir?... Mire que, terminemos o no, yo me voy a la medianoche.

—¿Nunca te dijeron que eres muy mandona?

—Todo el tiempo... Y siempre es usted el que lo hace.

Ezequiel Cárdenas sonrió con encanto, y luego se puso de pie y salió rumbo a la sala.

—¡Berta!... ¿Dónde quedó el artículo? —gritó desde allí.

—En el cajón de más arriba del escritorio —le respondió ella, con una sonrisa.

¡Hombres! No podían encontrar ni su propia nariz en el espejo.

—¡No hay nada en el cajón del medio! —volvió a gritar él.

—¡Está en el cajón de más arriba, Bru!

Y bastó escuchar lo que acababa de decir, para que Paula se estremeciera de inmediato.

Su corazón comenzó a latir con fuerza. ¡¿La habría escuchado Cárdenas?!... ¿Cómo había podido gritar algo semejante?... Gracias a Dios el nombre de su marido no era Terencio, o Gustavo... De seguro el “Bru” se había confundido con las demás palabras... Sí... Cárdenas no tenía por qué haberse dado cuenta de su error.

Quizás ni siquiera lo había escuchado...

Pero ella sí lo había hecho.

¿Qué le estaba pasando?... ¿Por qué se estaba confundiendo así?... ¡¿Cómo podía haber...?!

La presencia de su jefe la obligó a volver a la realidad.

Paula se hundió un poco más en el fregadero, concentrada en el plato que ya, de tanto esfuerzo, relucía.

Ezequiel, en cambio, permanecía de pie en la puerta, atento al artículo que estaba leyendo.

¡Gracias a Dios, no había escuchado nada! Se hubiera muerto de vergüenza, si él...

—No estaba en el cajón de más arriba —le susurró Ezequiel, parado tras ella.

La muchacha se estremeció. Casi la rozaba. Estaba tan cerca, que podía percibir su aroma, y su calor. Su jefe llevaba el torso desnudo, por lo que Paula, además, sentía la fuerza de sus músculos rodeándola.

Como única defensa ante aquella cercanía inquietante, sólo atinó a asirse un poco más del plato que tenía entre las manos.

Él, en cambio, indiferente a su turbación, se limitó a continuar.

—El artículo estaba en el cajón de más abajo... Y, por cierto, mi nombre es Ezequiel, y preferiría que de ahora en más sólo me llamaras así...

La muchacha percibió con claridad el enojo de su voz. Una furia contenida que ahora la envolvía, dejándola indefensa en medio de sus propios sentimientos. Cárdenas hizo una pausa, pero sólo para volver a susurrarle al oído, y al corazón.

—No lo olvides... Paula.

* * *

Luego de aquella noche, Cárdenas nunca más volvió a decirle Berta. Todos los que los conocían lo notaron de

inmediato, pero fue Olivia Vieytes la única que se atrevió a comentarlo.

—¿Cómo?!... ¿Ahora la llamas Paula?

—¿Por qué iba a decirle de otra forma? Su nombre es Paula, ¿no? —le respondió su jefe, con total descaro.

—¿Y qué ocurrió entre ustedes, para que de repente puedas recordarlo?

Al escuchar aquella pregunta indiscreta, un rubor imparable se había adueñado de la antigua Berta. Pero Ezequiel, en cambio, se había mantenido calmado. Era como si, en su interior, hubiera estado esperando la ocasión de dar esa respuesta.

—Es que me he dado cuenta lo doloroso que puede ser que te confundan con alguien más... —le dijo a Olivia.

Pero mientras lo hacía, no había dejado ni por un instante de lastimar a Paula con los dardos de su mirada azul.

“Sí...”, pensó Olivia al verlo. “Entre estos dos ha pasado algo. Y es algo muy grande”.

* * *

Volvió a mirar el reloj de la pared. ¿Se sentiría mal? Ya llevaba como dos horas allí adentro... Y esa no era precisamente la forma en que Paula había pensado pasar

aquella mañana de sábado, la primera en que asomaba el sol, luego de un largo y gélido invierno.

—Disculpe... Hace un rato que entró mi amiga para atenderse, y todavía no... ¡Greta! Estaba preguntando por ti. Te tardaste demasiado.

—Me lo imagino –respondió la muchacha con disgusto, mientras caminaba en forma curiosa.

—¿Te ocurre algo?

—Nada –dijo secamente.

Y no volvió a abrir la boca hasta que llegaron a la calle.

—¡Eres una cerda, Paula! ¡No sé como fuiste capaz de ocultármelo!

—¿A qué te refieres? No entiendo...

—¡Vamos! ¡No te hagas la inocente!... ¡Te estás acostando con alguien!

—¡No!... ¡¿De dónde has sacado eso?! Y, por cierto, ¿por qué sigues caminando tan extraño?

—Para que sepas, sucia traidora, lo sé todo.

—¿A qué te refieres?

—A que no eres la única que... Tú sabes –agregó, señalando su sexo.

La muchacha observó su gesto, divertida.

—¿Quién te dijo?

—Tardaste tanto, que le pregunté a la depiladora... Y ella me contó.

—Y entonces decidiste...

—No iba a ser menos que tú... Y, no me importa lo que digas, nadie hace algo tan doloroso a menos que tenga con quién lucirlo... O que esté planeando hacerlo.

—No seas tonta, Greta. Me depilo toda desde que tenía quince años. Soy deportista, ¿lo olvidas? Cualquier pelo molesta si nadas, o andas en bicicleta.

—Pues por aquí no veo ninguna piscina, ni una pista de carreras... ¡No! Tú andas con ganas de tener sexo...

Sí... Esa era una acusación que Paula no podía negar.

Últimamente...

—Lo he hecho toda mi vida, cada quince días... Es como bañarme, o lavarme los dientes.

—¡Pero duele como la puta que lo parió! ¡No! A mi no me convences... Y además... Ahorras hasta en la comida, ¿y tiras el dinero de esta forma?

—Es una necesidad.

—Sobre todo si usas ropa interior como la que compraste el otro día.

—¿Revisas mis cosas?

—Cuando te mudaste a casa, tus bragas eran de abuelita. Ahora, en cambio...

—Las que compré costaban diez pesos menos que las de abuelita, y no estoy para lujos.

—No me convences... También Juan Pablo piensa...

—¿Estás viendo a Juan Pablo?!

—A veces viene a casa, para preguntarme por ti. ¡Es encantador! Y, francamente, no se merece las cosas que le haces.

—¿Qué le hago?!

—Acostarte con Cárdenas delante de su nariz.

—¡Yo no me acuesto con Cárdenas!

Greta la miró con desconfianza.

—Está bien... Supongamos que es así... Pero, ¿puedes jurarme que no te mueres de ganas por hacerlo?

—No se jura —respondió Paula secamente.

Y aceleró la marcha.

Greta la seguía con dificultad, dando pasitos cortos, y maldiciendo.

Pero su amiga ya no la escuchaba. El sol estaba a pleno, y necesitaba en forma urgente su caricia.

Necesitaba sentirse viva otra vez.

—¡Agustín!... ¡Agustín Laval!e!

—¡Rolo!... Disculpa... Todavía estoy sordo por los motores de la carrera del domingo.

—¡Vamos, amigo! Tú no escuchas lo que no te conviene.

—¿Qué te debo, Rolo?

—Me debes información. Todo el mundo comenta que tu jefe está tramando algo. Y el mío no quiere caer por allí, para la última entrevista del año, y llevarse una sorpresa.

—¡Vamos! Sabes que Ezequiel le tiene miedo a tu jefe... Él sería incapaz de...

—Pues sabemos de muy buena fuente que Cárdenas consiguió algo que... nos inquieta.

—Si me dices de qué hablamos...

—¿Tengo cara de idiota, Agustín?... Mi jefe pensó que iba a mantener contigo un diálogo interesante, pero está visto que...

—Tu jefe paga menos que el mío.

—Si averiguas algo, se podría rever aquello que te interesaba tanto.

—¿El puesto en Cancillería?

—Como sea... ¿Puedes averiguar algo?

—En este mismo momento tengo a alguien infiltrado en su casa.

—¿Alguien?

—Una mujer.

—¡No seas idiota, Lavalle!... Cárdenas no confía en nadie, y menos en una mujer.

—Esta es distinta.

—Bueno... Tú sabrás... Pero, desde ya te digo que no queremos sorpresas... Y si no estamos del todo satisfechos, mi jefe no va a concurrir a esa última entrevista.

—¡No seas idiota, Rolo!... Ya es tradición que...

—Tú averigua eso, que yo me encargo de las tradiciones...

Sin decir más, aquel tipo nefasto se alejó de allí de inmediato. En realidad, como ambos conocían su oficio, en ningún momento se habían detenido. Por el contrario, todo el tiempo habían continuado la marcha como dos desconocidos, sin mirarse. Pero cuando el tal Rolo ya estaba a algunos metros, y a punto de doblar la esquina, se dio vuelta, y, desde la distancia, hizo un gesto con sus dedos índice y pulgar, como si disparara un tiro en medio de la frente de Agustín.

Un buen recordatorio de que con esa gente no se jugaba.

Todavía medio dormida, Paula estaba cerrando la puerta de la cocina, cuando un ruido proveniente de la sala llamó su atención. No era Cárdenas, estaba segura. A esa hora, (las ocho de la mañana), él todavía andaba por allí descalzo.

Atemorizada, se apuró a encender los monitores de vigilancia. Sabía que su jefe se traía algo importante entre manos, por lo que tenía que extremar los cuidados, y estar lista para lo peor.

Y lo peor estaba allí, justo en medio de la sala.

Cosa rara... Sin ningún motivo, parada frente a esa imagen, Paula comenzó a sentir una opresión en el pecho. Era como si algo la apretara, hasta sacarle el aire. Se sentía agitada y con ganas de llorar... ¿Estaría teniendo un infarto, o algo así?

No... No era un infarto...

Era algo así.

—Buenos días, Paula.

Desde la puerta de la sala, Olivia Vieytes, apenas cubierta por una de las camisas de Cárdenas, la saludaba, triunfante.

—Buenos días, Olivia.

—Muero por un café...

“¡Pobrecita! ¡Y a mí que me bastaría con apretar tu cuello para aliviar tanto sufrimiento!”, pensó Paula. Pero en cambio, con una sonrisa falsa, señaló la cafetera.

—Está programada para las ocho en punto. Ya debe estar casi listo...

—¡Que suerte!... Anoche Eze estaba imposible, y ahora me quiero morir.

“¡Y dale con darme ideas!”, refunfuñó en su interior la muchacha.

Pero, en vez de hablar, tuvo que soportar como la otra se desperzaba, de forma tan ampulosa que, en el movimiento, la camisa se abrió, dejando a la vista uno de sus pechos.

—Cúbrete, Olivia... “Eze” no está aquí, y nadie quiere que te enfermes... La primavera es la peor época para los catarros.

“Cómo si pudiera tomar frío, con tanta silicona delante”

—¡Disculpa!... Bebo mi café, y voy a darme una ducha...

—Aquí está... Y ten cuidado, porque está caliente... Nadie quiere que te quemes.

“¿Para qué?, si ya estás bastante incinerada...”

Ambas mujeres se midieron como rivales.

“Idiota”, pensaron al unísono.

Para cuando Olivia se fue de la cocina, entró Cárdenas.

—Buenos días.

—Buenos días.

—¿Ya está listo el café?

—Sí...

—Lo necesito... ¡Ayer tuvimos una nohcecita con Olivia!... Bueno, ella ya te habrá contado.

Paula lo observó atónita, sin molestarse en ocultar su molestia.

—¿Qué?... ¿Por qué pones esa cara?

—Me parece de muy mal gusto que ande comentando sus proezas nocturnas.

—¿A qué te refieres?

La muchacha tenía un nudo en la garganta que le dificultaba hablar.

—A que... A mí no me importa lo que hagan Olivia y usted...

Cárdenas la enfrentó. Pero parecía más halagado, que otra cosa.

—Anoche no me acosté con Olivia, si eso te preocupa...

—¡Por supuesto que eso no me preocupa!... ¿Por qué habría de preocuparme?

—Eres tú la que tiene que responder eso —comentó con satisfacción.

Y Paula sintió que lo odiaba.

Odiaba esa forma estúpida que tenía de sentirse superior. Odiaba esa risita sobradora, y esa manera de enfrentarla, haciéndola parecer una imbécil.

Pero más odiaba que tuviera razón...

¿Por qué tenía que preocuparle tanto lo que su jefe hacía con Olivia?

—Como sea, Paula. Anoche Olivia encontró a su marido con la criada, y no estaban limpiando precisamente.

—Eso es espantoso...

—Yo no diría tanto... En tal caso, era previsible... Yo mismo se lo había advertido. Era obvio que el tipo no tenía buenas intenciones...

Cárdenas clavó su mirada fría sobre Paula, antes de continuar.

—Pero siempre es así con ustedes las mujeres... La que no sigue mi consejo, termina después de un tiempo llorando entre mis brazos...

La muchacha, sin embargo, no se dejó embaucar por aquellos ojos azules.

—¡Qué afortunado!... Usted siempre gana.

—Así soy yo...

Si... Así era él... Estúpido, machista... Mentiroso.

—Ya que está aquí, quería avisarle que hoy voy a tener que irme a las ocho...

—¡Imposible!... Tienes que revisar la nota de Dolores para el programa.

—El programa es en una semana, y yo tengo que salir hoy.

—¿Tienes que verte con tu novio?

—Sí.

—Pues a Agustín le va a dar lo mismo que se vean mañana.

—¿¿Cómo sabe...?! —comenzó a decir ella, pero se interrumpió al ver la cara de satisfacción de su jefe.

En efecto, el doctor Lavalle la había llamado para que, sin falta, se encontraran aquella noche. Pero..., ¿cómo lo sabía Cárdenas?

—¿Usted me hace seguir? —preguntó preocupada.

—No... Y no sabía que Agustín era tu novio, pero lo imaginé, y tú acabas de confirmarlo.

—El doctor Lavalle no es mi novio.

—¿Ah, no?

—¿Por qué pensó que era él?

—Porque el domingo que te llevé a la Iglesia vi que su auto nos seguía...

—¿Cómo que “nos seguía”?

—¿No te lo dijo?

Paula se quedó pensativa, y su jefe continuó.

—He contratado a Agustín Lavalle como abogado, porque es la persona más taimada que conozco. Es calculador y mentiroso. Y soy muy consciente que sólo es cuestión de tiempo para que me clave un puñal en la espalda.

—A mí me parece una persona excelente.

—Tú eres muy fácil de engañar, Paula.

—Lo dudo... De ser así...

La muchacha se interrumpió abruptamente.

—¿De ser así, qué?

—Usted ya me hubiera engañado.

Cárdenas la perforó con el frío de su mirada.

—En mí no confías, porque soy lo suficientemente sincero como para confesar que, cuando lo necesito, hago trampa... Y creo que no estás muy acostumbrada a los hombres sinceros... Él, en cambio...

—No le estoy pidiendo permiso, Cárdenas... Sólo quiero salir a las ocho.

Su jefe la enfrentó. Estaba tan cerca, que Paula podía sentir su respiración agitada.

—Ese tipo...

Ezequiel no pudo terminar. Vestida y cambiada, la bella Olivia hacía su dramática entrada a la cocina, dispuesta a dar pelea, (cualquiera que fuera) Y bastó su presencia para que los ánimos de jefe y empleada se enfriaran de inmediato. De hecho, lo hicieron tanto, que el aire allí, a pesar de la primavera y el sol que entraba por la ventana, se volvió congelado.

La recién llegada los observó con desconfianza.

¿Qué ocurría ahora?... Había tardado lo menos posible... ¡¿Acaso no podía dejarlos solos ni un minuto?!

* * *

—¿Y para qué estás revisando esto?

—Ya te dije.

—¿Y Cárdenas lo sabe?

—Él no tiene nada que ver con este asunto.

—Mira que a Cárdenas no le gusta que se metan en el archivo sin su permiso.....

—Hace mil años que se olvidó de esta nota.

—Eso no es cierto... Unos meses atrás me estuvo preguntando de nuevo por Eusebio Cantagalli... Es más, creo que lo contactó...

—¿Ezequiel estuvo con Cantagalli?

—Algo así... ¿Y quién me va a pagar por este tiempo que estoy perdiendo contigo? ¿Se lo facturo a RLP?

—¡No!.... Te lo pago yo... Mira, no es tanto lo que necesito... Tengo esta muchacha con la que me quiero acostar, y ella está obsesionada con Cantagalli... Quiero que me tires algún hueso, que a ella la emocione lo suficiente como para estarme agradecida, pero que a mí no me traiga ningún riesgo.

—¡Faldas!... ¡Tendría que habérmelo imaginado!... Y creo que ya sé de quién me hablas... ¡No puedo culparte por tomarte tanto trabajo!

—¿Cómo que “sabes”?... ¿De dónde puedes conocerla?

—Busqué algunos datos sobre ella para Cárdenas... ¿Es la viuda de Braulio Torres, no?

—Me tiene loco... Si no me la llevo pronto a la cama...

—¿Qué tipo de cosa quieres?

—Alguien me dijo que Cantagalli tiene varios galpones en la provincia de Buenos Aires que ya no visita.

—Sí, es cierto... Los tiene abandonados.

—¿No había uno grande, cerca de General Madariaga?

—Pero allí no vas a encontrar mucho. Guarda basura solamente...

—Eso es lo que quiero. Basura que lleve su nombre, pero que no me comprometa...

—¿Para qué?

—Un amigo tiene un campo por allí cerca... Si la llevo hasta el galpón en medio de la noche...

—Y tu auto se descompone cerca de lo de tu amigo... Entiendo. Pero..., ¿para qué tomarte tanto trabajo? No necesitas ir hasta lo de Cantagalli para...

—La muchacha no es ninguna idiota. Y después de que nos acostemos, quiero que siga confiando en mí. Puedo hacerle creer que me dieron una pista falsa, pero, en cambio, no puedo llevarla a la mierda y venderle papelitos de colores. No... La historia tiene que ser creíble y emocionante... Tengo que ir hasta ese galpón... Tengo que convencerla de que soy muy capaz de jugarle por ella, y de que estoy de su lado... Tengo que lograr que confíe en mí cuanto antes...

“¡Sí...! ¡Confiar en ti!”, pensó el investigador, divertido. Pero calló.

¡Pobre niña!

* * *

Guido Méndez entrecerró sus bellos ojos.

¡Qué raro!....

Sí... Todo era muy extraño...

¿Qué le ocurría a esos tres?

Guido nunca se aparecía por la casa de su jefe en viernes, porque el fin de semana era sagrado, y él necesitaba al menos tres días completos para reponerse del programa. Y no lo hacía por pereza, sino porque se debía a su público, que esperaba verlo a la semana siguiente con el rostro bello y descansado. Por eso los viernes salía a navegar por el delta. Era su forma de mantener el bronceado aún en pleno invierno, y asegurarse fotos espléndidas todo el año...

Guido Méndez carraspeó. ¿Era su impresión, o a nadie le importaba su presencia allí?

Por supuesto que aquel viernes era especial. ¡No pensaba irse hasta que Cárdenas se dignara escucharlo!... La situación ya era insostenible. Y no era que él gozara hablando mal de una compañera, pero estaba harto de tener que encargarse siempre solo de la pre producción. Todas las veces Dolores encontraba alguna excusa tonta para no llegar a tiempo. Esa semana había sido la internación de su hijo... Sí, sonaba horrible... Pero apenas se había tratado de una triste convulsión por fiebre. ¿Cuál era su problema? Si quería seguir trabajando, su compañera iba a tener que establecer mejor sus prioridades... ¿Acaso no contaba con

nadie para que se ocupara del crío?... Y de ser así, ¿por qué no renunciaba a la conducción de RLP, y lo dejaba a él en paz?

Guido trató de calmarse. Tanto estrés le estaba empezando a producir arrugas.

De haber sido suya la decisión, hacía rato que Dolores hubiera volado. Quería a Paula junto a él, en la pantalla. Y no porque aún conservara ni la más remota esperanza de poder llevarla a la cama, porque era obvio que el jefe la había apartado para su uso personal, sino porque, de haber formado parte de su equipo, la muchacha se hubiera encargado ella sola y con pericia de toda la parte engorrosa, dejándole a él lo que sabía hacer mejor: ocuparse del glamour. Su vida hubiera sido más fácil, y sus “fans”, al ver su aspecto relajado, lo hubieran agradecido.

¡Pero no! Cárdenas no soltaba a la niña... ¡Y ahora esto!... ¿Qué hacía Olivia en el departamento de su jefe, a esa hora, y dando órdenes como si fuera la dueña de casa? ¡Si hasta se había atrevido a mandar a Paula a lavar los platos del almuerzo!... ¡Muy raro!

¡¿Y la cara de Ezequiel?!... No había prestado atención ni a una sola de sus quejas, enfrascado como estaba en ir y venir hacia el escritorio... ¿Qué se traía entre manos?...

Algo estaba pasando allí. Algo entre Olivia, Paula y Ezequiel... Y, para colmo, a medida que el tiempo transcurría, comenzaba esa extraña preocupación de todos

por la hora. ¿Desde cuándo a su jefe le importaba el tiempo, si se estaba hablando de trabajo?...

Y más miraba Paula el reloj, más se inquietaba él. Parecían dos tontos... “¿Qué hora es?”, preguntaba ella. “Temprano”, respondía él. “¿Está bien ese reloj?”, decía la niña, entornando sus bellos ojos marrones. “El reloj, sí”, replicaba él, en forma enigmática... ¿Quién podía entenderlos?!

Guido hizo un último esfuerzo.

—Escucha Ezequiel, Dolores multiplica mis dolores de cabeza... Creo que ha llegado la hora de que elijas entre ella, o yo.

—Pues Dolores se queda. Tiene relaciones, tiene contactos. Tiene frivolidad.

—Yo también tengo frivolidad.

—Son las ocho... —dijo Paula como si viniera al caso, mientras se ponía de pie.

Y bastó que lo hiciera, para que Ezequiel la mirara con odio, y sin mediar palabra, saliera del cuarto enfurecido, y Olivia tras él.

¡Qué raro!

* * *

Paula observó el rostro de su acompañante. Se veía seguro y feliz... Demasiado feliz para su gusto.

—¿No nos estamos arriesgando inútilmente, Agustín?

Aquel galán desvió la mirada del tránsito por un momento, y le sonrió.

—¿No era esto lo que querías?

—Quería información sobre Cantagalli... Pero nunca pensé obtenerla yo misma. Tenía un dinero guardado para pagarle a alguien...

—¿Pagarle a alguien?... ¡Imposible! Cárdenas se enteraría, y nadie me saca de la cabeza que son socios.

—No... Estoy segura que no... Ezequiel no es de los que se vende.

—¿Ezequiel?... ¿Ahora lo llamas por el nombre?

—No... —respondió la muchacha confundida—, me salió, simplemente...

—Como sea... Yo creo que lo idolatras demasiado. No confío en nuestro jefe, y pienso que deberíamos vigilarlo... Siempre está tramando algo.

—Cárdenas tiene muchos defectos, pero se rige por una ética... No es la mía, pero...

—Ezequiel es un tipo peligroso, y debes cuidarte de él.

—¡Qué extraño!... Hoy me dijo lo mismo de ti.

—¿Sabe que estamos juntos?

—Sí.

“¡Mierda!”, pensó su compañero.

—Hiciste mal en decirle... Seguro que ya se enteró también Cantagalli.

—Sabe que salí contigo, pero no que hemos venido hasta aquí... Bueno, en realidad, ni yo estaba enterada de que íbamos a hacerlo.

—No te vas a arrepentir.

—Socios o no, coincidido con nuestro jefe en que Cantagalli es un tipo peligroso. Creo que con este viaje nos estamos exponiendo tontamente.

—¡Vamos, Paula!... Estás conmigo. No tienes nada que temer. Estoy aquí para protegerte.

—Gracias.

—¡Ese debe ser el galpón!

Agustín estacionó el auto en un lugar oscuro, y ayudó a bajar a la muchacha. No era fácil para Paula caminar con tacones y pollera por el barro. Pero tampoco necesitaba tanta ayuda como la que su compañero parecía entusiasmado por darle. La apretaba muy fuerte contra su cuerpo, asiéndola por la cintura... Es más, si Paula hubiera sido desconfiada, hubiera dicho lisa y llanamente que la estaba “apoyando”. Pero, por fortuna para él, no lo era...

¿O sí?

—¿No está poco custodiado este sitio, como para guardar las cosas importantes que tú dices que hay aquí? —preguntó ella, tomando distancia.

—De seguro Cantagalli no ha querido llamar la atención... General Madariaga está muy cerca, y a sus moradores les parecería raro demasiada vigilancia.

—Puede ser...

Un perro bravo les salió al encuentro, pero, por fortuna, estaba atado.

—Creo que deberíamos volvernos, Agustín. Alguien podría haber escuchado los ladridos.

—¡Por favor, Paulita! —se apuró a decir él con tono condescendiente—. Tienes a un hombre a tu lado.

Sí... Un hombre... Paula podía sentirlo... ¡Demasiado podía sentirlo! ¿Iba a seguir apretándola de esa forma?

—Insisto en que estamos perdiendo el tiempo

—Entra, por favor... Las damas primero.

El joven abogado comenzó a jugar con la linterna que había llevado, iluminando en círculos el galpón vacío.

—Aquí no hay nada, Agustín.

—¡¿Cómo que no?!... ¿Y la aventura? Siente, Paula... Mi corazón está latiendo a mil... ¿Y el tuyo?

La muchacha esquivó la mano de su acompañante, como si se tratara de un rival en el campo de juego.

—Ese es mi pecho, no mi corazón, Agustín... ¿Para qué me trajiste? Aquí no hay nada.

—¡¿Cómo que nada?! ¿Y este candado?... Mira esta puerta. De seguro debe ocultar algo importante.

—Ábrelo, entonces...

—¿Abrirlo?... —preguntó, sorprendido—. No puedo... Sería un delito.

—¿Y entrar aquí, no?... ¡Vamos! Toma esta barreta.

La joven le acercó un fierro oxidado, que el otro tomó con asco. Por un buen rato estuvo forcejeando, a la par que intentaba no manchar su jean de marca con la herrumbre.

Por fin Paula perdió la paciencia.

—¡Déjame a mí!

En un segundo el candado ya estaba en el piso, y la puerta abierta dejaba entrever un pequeño sótano.

—Aquí hay algo —dijo la muchacha, encantada.

Su compañero, en cambio, lucía preocupado.

—Ahora sí que pienso que sería prudente volvernos... Quizás no es tan mala idea la de contratar a alguien...

—Ya estamos jugados. Si nos vamos sin revisar el lugar, el primero que llegue notará nuestra visita, y se lo llevará todo.

De mala gana Agustín se dejó arrastrar al interior de aquel sótano oscuro y mal aireado.

—Que olor fuerte que hay, ¿no? —se extrañó la joven.

—No sé... Otra vez estoy con sinusitis, y...

—¿Por qué no dejas quieta la linterna?... ¿Intentas conseguir empleo en C.S.I.?.. Mira, aquí hay...

—¡Droga! —gritó el otro, espantado, mientras sus ojos se salían de las órbitas—. ¡Y de la buena!

—¿Droga?! Esto no puede ser de Cantagalli. Él no se dedica a eso... Y si lo hiciera, sería a otra escala...

—¡Yo me marcho! ¡Me voy de aquí antes de que nos atrapen! ¡Déjame salir!—gritó el digno doctor Lavalle, echando a correr de forma poco digna, y atropellando a su protegida en su intento por escapar.

Pero cuando ya había alcanzado la puerta, para sorpresa de Paula, volvió lentamente sobre sus pasos.

Se hizo la luz, y la joven pudo ver como un moreno gigante les apuntaba con un arma.

—¡Atrás!... —gritó el tipo— ¡Párate junto a la chica!

Agustín lo obedeció sin protestar. Estaba temblando.

—¿Los mandó el jefe?

—Sí —mintió Paula con decisión.

—¡No! —dijo su acompañante.

—¿Sí, o no?

—Cantagalli ya está por llegar —le advirtió Paula al tipo, con frialdad— Te conviene escapar antes de que lo haga... No va a estar nada contento con el pequeño “negocito” que has montado a sus espaldas.

Agustín, al oírla, todavía temblando, la observó confundido.

—¿Cantagalli? —preguntó.

Y bastó aquel gesto mínimo para que el moreno desconfiara.

—La chica casi me engaña, pero... No, no les creo nada.

Paula miró a su compañero con odio, mientras el morocho comenzaba a llamar a alguien a los gritos.

—¡Cabeza!... ¡Cabeza!

Por la puerta, en efecto, no tardó en aparecer una cabeza enorme, pegada a un cuerpo mínimo.

—Mira lo que me encontré hurgando por nuestras cosas...

—¡Mátalos!... Aquí nadie los encontrará.

—¡No! —gritó Agustín, mientras se deshacía en lágrimas.

—¿Van a matarnos sin averiguar antes quienes somos? —se apuró a decir Paula, con aparente frialdad—. No es muy inteligente de su parte... Como se imaginarán, no íbamos a ser tan estúpidos como para venir sin que nadie lo supiera.

—La chica tiene razón —sentenció el tal Cabeza—. Mejor los encerramos hasta que llegue el Muerto. Dejaremos que él decida.

—Sí... Dejémoslos aquí, para que mediten... ¡Y cuidadito con tocar la “merca”!... Te lo digo en especial a ti, “llorón”...

—¡No nos encierren! —suplicó Agustín.

—Deja que se vayan —le susurró Paula por lo bajo.

—¡No pueden dejarnos aquí!... ¡Soy claustrofóbico!

—¿Lo qué? —preguntó el más alto.

—Que le da cagazo cuando lo encierras —explicó el otro, cruzando miradas con su compañero.

Ya que no lograba nada por la lástima, aquel doctor venido a menos intentó envalentonarse.

—Pues yo... Yo no voy a dejar esto así...

—Olvidalo, Agustín... Deja que se vayan —suplicó Paula entre dientes.

Pero su compañero estaba fuera de sí.

—¡Ya van a ver! —gritó, una vez que los otros cerraron la puerta—. Ya mismo tomo mi celular y...

Paula lo observó, petrificada... ¡Increíble! ¿Se podía ser tan estúpido?

En cuestión de segundos, sus captores volvieron a abrir la puerta. Ahora, mientras el más alto apuntaba, el Cabeza los palpaba de armas y celulares.

—Revisa otra vez a la chica... El tipo es un pelotudo, pero de ella no me fio.

—¡Ah! —se deleitó aquel hombrecillo deforme—. Así que escondiste el aparato en el culo. ¡Muy inteligente! ¡Lindo culo!... Pero si lo que querías era tener algo allí adentro, sólo tenías que pedirme... —dijo, mientras soltaba el pequeño aparato, sostenido malamente por el elástico de la braga de la muchacha, y aprovechaba de paso para tocarla.

Paula corcoveó ante su sólo contacto.

—Deja, Cabeza... Ya podremos culearla después que llegue el Muerto.

—¡Eso!... —convino Lavallo—. ¡Quédense con ella! Yo... Yo soy abogado, y puedo serles más útil si estoy afuera...

Pero aquel par, del otro lado de la puerta, ya no lo escuchaba.

—¿Qué clase de idiota eres, Agustín?! Faltaba apenas un segundo para que pudiera llamar a la policía, y tú lo echaste a perder...

—¡No puedo pensar!... ¡No quiero estar aquí! ¡No puedo hacerlo! De verdad soy claustrofóbico...

El honorable doctor Lavalle lloraba ahora de forma poco honorable, agazapado en un rincón.

—Vamos, Agustín... No hay tiempo que perder. Tenemos que buscar una salida antes que vuelvan —imploró la muchacha.

Pero su compañero no la escuchaba.

—No quisiera estar contigo en una nevada, en medio del Aconcagua... —se quejó Paula entre dientes.

Pero, a pesar de eso, insistió.

—Tienes que sobreponerte, Agustín. Necesitamos encontrar una salida. Busca alguna corriente de aire, un respiradero, ¡algo! por lo que podamos escurrirnos.

Durante una hora completa no dejaron centímetro cuadrado sin revisar en aquel pequeño cubículo. Pero fue inútil. El sitio era mínimo, y hermético.

—Esto parece el interior de un freezer —se quejó Paula.

—¡Vamos a morirnos!... Lo sabía... ¡Vamos a morirnos!...

—¿Cómo se te ocurrió emprender esta aventura sin avisarle a nadie adónde íbamos a estar?

—Me dijeron que el lugar estaba vacío... ¡Cómo me iba a imaginar que estos idiotas se atrevían a usar un galpón de Eusebio Cantagalli para almacenar droga!...

—No entiendo... Si creías que no había nada..., ¿por qué insististe en venir?

—Quería acostarme contigo...

—¿Estás loco?!... ¿Sólo por eso inventaste esta farsa?

—La culpa es tuya, por estrecha... Dime, ¿crees que hay alguna chance de que Ezequiel te haya seguido hasta aquí?

—De haberlo hecho, ya hubiera llegado...

Sintieron ruidos de un auto que partía.

—¡Se fueron!... ¡Nos dejaron solos, y nos vamos a morir de hambre y de sed!... ¡Agua!... Necesito agua... —comenzó a desesperarse aquel galán.

—¡Agustín!... Escucha... Debes calmarte y pensar. Necesitamos emboscarlos. Esa puerta es nuestra única salida. Vamos a hacer esto. Yo los llamo, y cuando entra el primero, tú te le echas encima y lo desarmas.

—¿Yo?!... ¡Yo no!... ¡Yo no puedo!

—¿Y eso de que eras un hombre?

—¡Para culear a una fulana, no para enfrentarme a un gigante!

—De acuerdo... Haremos al revés... Y pensándolo bien, es mejor, porque de mí no van a sospechar... Los llamas, y yo me echo encima del primero que llegue...

Convencer a su compañero de que pegara el grito, le llevó a la muchacha otra media hora, pero por fin lo logró.

—¡Guardias!... ¡Guardias!... —chilló el joven doctor, como si fuera el protagonista de una vieja película argentina.

Pero Paula no contaba con la mirilla de la puerta.

—¿Dónde está la chica? —preguntó el tipo del otro lado, antes de abrir.

De inmediato la muchacha le hizo gestos desesperados a su compañero para que dijera que se había ido... O que había muerto... O cualquier cosa estúpida que tomara al tipo por sorpresa, y que quizás, si el fulano era tan torpe como Agustín, lo obligara a abrir la puerta. Pero el doctor Lavalle, descerebrado por el susto, se limitó a decir:

—La señorita quiere irse.

—Y yo también —gritó el moreno—. Pero vamos a esperar a que el Cabeza vuelva con el Muerto... Y ahora no molesten, porque me voy a echar un sueñito... Mañana va a ser un día muy largo, porque fija, fija, que también me van

a obligar a que los entierre. Que los mate, y los entierre. Porque acá, el único boludo que hace todo, siempre soy yo.

El tipo se fue, y el doctor Lavalle perdió la poca dignidad y respeto que le quedaba. Lloraba y maldecía por su suerte, blasfemando sin parar.

A su lado, Paula ya no lo escuchaba. Por el contrario, otra vez le parecía caminar por aquella vereda ancha y arbolada rumbo a su casa. Andaba despacio, porque quería disfrutar del sol... Pero algo en su interior le decía de apurarse... De llegar cuanto antes al lado de Bru, para darle la noticia que habían esperado tanto... ¡Ese era el día!... El día de los dos... ¿Por qué no había corrido hacia él, al verlo? ¡Estaba tan hermoso con aquella camisa nueva!... ¿Por qué se había quedado allí, quieta, mirándolo a la distancia?...

Sí... Posiblemente aquel había sido el día marcado para los dos. Pero, por desgracia, ella había llegado tarde a la cita... Y ahora, apenas dos años después, al fin era el momento de reunirse con su marido. De volver a sus brazos...

Paula sintió que las lágrimas comenzaban a bañar sus mejillas.

No... No quería morir... Después de tanto tiempo de estar enterrada, al fin comenzaba a recobrar la paz, y ahora no quería morir... ¿Quién iba a regar la planta de jazmín?... ¿Quién le iba a servir el desayuno a Cárdenas?...

Paula se entristeció un poco más.

¿Para qué engañarse?... No tenía demasiados motivos para seguir con su vida.

—¡Putade mierda!... ¡Esto es por tu culpa! ¡Pero no!.... ¡No me voy a dejar matar, sin antes haberme dado el gusto de cogerte hasta que te duela!

La joven levantó la cabeza sin entender. Agustín parecía fuera de sí, y la miraba exaltado.

—¿Qué dijiste?

—¡Que te la voy a poner veinte veces, turra de mierda!

—¿Te has vuelto loco?

—¡La puta que te parió!... Ahora vas a ver lo que es un hombre de verdad, aunque tenga que matarte.

Literalmente, aquel macho acorralado se le echó encima. Por un buen rato forcejearon. Agustín dio un fuerte tirón, y logró rasgar la camisa y el sostén de la muchacha, dejándola medio desnuda, aunque de inmediato ella pudo empujarlo con fuerza, arrojándolo a un costado.

Pero fue un alivio breve.

Cuando aquel maniático se recuperó, todavía estaba dispuesto a persistir en su intento. Se le echó encima con una furia imparable, y fue precisamente ese envión el que la joven aprovechó para asestarle un rodillazo en su sexo, tan doloroso como efectivo.

Para desgracia de su contrincante, Paula había trabajado en turismo desde muy joven, y más de una vez se había visto forzada a poner en su lugar a algún gigantón borracho.

Era menuda, pero de ninguna forma era una mujer débil.

Sin recuperarse todavía del golpe, ni del susto, Agustín ahora lloraba agazapado en un rincón.

—¡Pedazo de idiota! —comenzó a retarlo ella, mientras intentaba atar su sostén—. ¿Crees que voy a despedirme del mundo y del sexo, luego de haber sido tan feliz con mi marido, dejándome violar por un imbécil como tú?

—¡Por tu culpa!... ¡Por tu culpa! —murmuraba aquel galán.

Y entonces el ruido de unos pasos del otro lado, los obligó a callar por un instante.

—¡Vamos a morir!... ¡Vamos a morir! —repetía Lavalle con bríos renovados.

—¡Silencio!... El perro no ladró... O no llegó nadie, o lo hizo alguien conocido... Quizás es el Muerto...

—¡Vamos a morir!....

La puerta se abrió de un golpe, y asomó un arma.

Agustín pegó un grito, y Paula encomendó su alma a Dios.

—¡Vamos!... ¡Salgan!

—¡Cárdenas! —se sorprendió la muchacha— ¿Qué está haciendo aquí?

—Rápido... Tenemos que irnos. Drogué al perro y al tipo, pero...

—Pronto va a venir otro —informó Paula, mientras levantaba a Agustín, y lo ayudaba a salir.

—¿Te has meado, Lavalle? —preguntó su jefe, al olerlo, cuando pasaba a su lado.

Pero no esperó respuesta. En cambio, corrieron los tres hacia el exterior.

Agustín estaba tan asustado, que trastabilló.

—Ve hacia el auto, Paula —ordenó Cárdenas—. Está más allá del portón principal, escondido atrás de unos álamos. Yo me encargo de él.

—¿Llamo a la policía?

—Ya lo he hecho. ¡Corre!

La joven lo obedeció, pero cuando Cárdenas se dio vuelta para ayudar a su abogado, la voz grave de un tipo lo obligó a incorporarse de un salto.

—¿Adónde van tan apurados?

El fulano, un hombre grande y musculoso, tenía a Paula sostenida por un brazo, mientras le apuntaba con un arma en la sien.

Cárdenas se limitó entonces a dirigir su propia pistola hacia la cabeza del recién llegado.

—Si le disparas a la muchacha, te mato a ti.

Por un segundo los dos rivales se midieron.

—Yo te conozco... Tu eres el hijo de puta de la tele... El que habla de política...

—Deja a la muchacha. Si la lastimas, te mato.

—Si mato a esta niña tan linda, aunque me mates después, no podrás recuperarla... Yo llevo las de ganar. Deja el arma en el suelo.

—Le disparas a ella, o a mí. Tú eliges.

—Elijo dispararle a ella... O dejas el arma en el suelo.

—Está por llegar la policía... Y si te atrapan...

—Tengo un buen abogado.

—Que no te va a salvar de Cantagalli... Deja a la muchacha.

En ese momento, Agustín, viendo que nadie se ocupaba de él, se puso de pie de un salto, dispuesto a echar a correr. Pero aquel tipo fue más rápido, disparándole de inmediato.

Herido y ensangrentado, cayó de nuevo al suelo.

—¡Eso no era necesario!

—Tienes razón... Como sea, voy a morir. Mi jefe no perdona... Así que me da lo mismo matar al que me venga en gana... A esta niña tan linda, a él, o a ti... ¡Deja el arma en el piso!

El tipo acarició la sien de la muchacha con el cañón frío de la pistola.

—Me estoy poniendo nervioso... —amenazó—. Y no se pone nervioso a un sentenciado a muerte.

—¡Está bien!... No la lastimes... Aquí voy a dejarte el arma... Mira..., está en el piso.

En efecto, Cárdenas apoyó su revolver con cuidado sobre la tierra húmeda.

—Patéalo hacia aquí.

—Suelta a la muchacha.

—Patéalo hacia aquí.

Ezequiel le dio un ligero golpe a la culata.

—Buen chico... Ahora voy a llevarme a esta señorita... Ella va a ser mi boleto a la libertad.

—¡No seas idiota!... Ella no le importa a nadie. La policía no va a detenerse porque la tengas... En cambio conmigo... Te van a dar hasta un avión, si lo pides... Nadie quiere que muera alguien famoso como yo...

—¿Sabes que tienes razón?... Sí... Ya sé quién eres... Cárdenas... Una vez te vi con Cantagalli... Sí... Tú me sirves más...

—Déjala, entonces...

Y, sin esperar respuesta, Ezequiel comenzó a caminar hacia el hombre armado, con las manos en alto.

—¡No, Cárdenas!... —suplicó Paula— ¡Aléjese!

—¡Cállate, idiota!... —se enfureció el tipo.

Y fue en aquel desviar la mirada hacia la muchacha, que Ezequiel aprovechó para abalanzarse sobre él. Paula, a la vez, corrió hasta el arma que estaba en el suelo.

Los dos hombres forcejeaban, indiferentes a ella, hasta que la muchacha apoyó el caño de la pistola en la cabeza del morocho.

—Sé usarla —dijo simplemente.

Y bastó aquella distracción, para que Cárdenas se apoderara de la otra pistola.

En ese preciso momento llegó la policía.

Cuando los oficiales se hicieron cargo de aquel hombre, Ezequiel y Paula se observaron confundidos. Ambos tenían todavía un arma en la mano. En la lucha, el sostén de la muchacha había vuelto a desgarrarse, dejando otra vez uno de sus pechos al descubierto. Cárdenas desvió la mirada, y entonces ella lo notó, y se apuró a taparse.

—¿Me da el arma, señorita? —le pidió un policía, tendiéndole la mano.

Más allá, un oficial auxiliaba al doctor Lavalle, que recuperado de su desmayo, y viéndose al fin amparado por la ley, recobraba por completo su dignidad. Poco le importaba haberse orinado por el susto, o tener una pierna lastimada. Como si fuera un orador encendido, reclamaba inmediata atención, y prometía el más duro de los infiernos jurídicos a aquel que lo descuidara.

—¿Estás bien? —preguntó Ezequiel a su empleada, ni bien los policías se alejaron..

Paula, que todavía luchaba con su ropa, (o lo que quedaba de ella), levantó la cabeza, y lo miró, desolada.

—¿Cómo supo?

—Te advertí que no te metieras con Cantagalli.

La joven hizo un último intento por preguntar, pero un hombre de traje se interpuso entre ellos.

—Vamos a tener que tomarles declaración...

—Yo voy a declarar... —se apuró a decir Ezequiel—. Pero preferiría que el nombre de la dama no figure en autos...

—Señor Cárdenas, lamento desilusionarlo... Esto no es la televisión. Aquí no es usted el que decide. La señorita tendrá que justificar su presencia en el lugar del hecho.

—Comisario... Es usted el que no entiende... El esposo de la señora no sabe que ella está aquí... No queremos preocuparlo... Es un hombre muy celoso.

—Ah...

—Por eso quisiera preservar su identidad.

—¡Es imposible!... Tendrá que declarar...

—De seguro hay alguna forma de arreglarlo entre nosotros.

—Eso sería una falta grave.

—¡Pero, comisario!... Si yo mandara a uno de mis chicos a revisar todas las causas en que usted ha participado... Pero ni a usted ni a mí nos interesa eso, porque sabemos que las cosas no se manejan así.

—Entiendo...

Aquel hombre llevó a Ezequiel hacia un costado.

—Mire, señor Cárdenas... Si voy a ser franco..., aquí en la provincia nos movemos distinto que en la Capital... Una mano lava la otra, ¿entiende?... Y todos hemos estado alguna vez en su misma situación... Yo no quisiera crear problemas por tan poco. Así que voy a darme vuelta..., y si la señora se escapa antes de que llegue la Federal, no es mi culpa..., ¿no le parece?... Es lo más que puedo hacer. ¡Lo lamento!

—¡Con eso nos alcanza!... ¡Vamos, Paula!

—¡Momentito!... Usted se tiene que quedar... Mi gente lo ha visto, y todos saben quién es. Y si el dueño de este campo pregunta...

—No se preocupe. Conozco al dueño de este campo. Yo mismo voy a darle las explicaciones del caso. Le contaré como mi abogado recogió a una muchacha en el camino, se le descompuso el auto, llegó hasta aquí en busca de ayuda, y al ver que había un movimiento extraño, llamó a la policía primero, y luego a mí... Cuando ustedes llegaron, la muchacha escapó, y...

—Igual va a tener que declarar.

—Voy a hacerlo. Pero con el Comisario Pinto de la Federal. Derive a él las actuaciones.

Sin detenerse a explicar más, Ezequiel Cárdenas tomó a su empleada por la cintura, para sostener su paso vacilante.

El sol comenzaba a asomar por el campo recién sembrado. La noche quedaba atrás.

Y la vida volvía a empezar.

* * *

Para cuando Cárdenas regresó al auto, Paula todavía luchaba por cubrirse. La camisa estaba destrozada, y no había nudo posible que contuviera el sostén.

—Toma... —le dijo, mientras le alargaba una chaqueta que había sacado del baúl del auto.

—Gracias... ¿Cómo estaba Agustín?

—Vivo..., que es más de lo que se merece... Pero ha perdido mucha sangre. De todas formas, entendió bien su parte de la historia.

—¿Por qué no quiere que Cantagalli sepa que he estado aquí?

—Tú eres un cabo suelto para él... Y a Cantagalli no le gusta dejar las cosas por la mitad.

Ezequiel puso en marcha el motor, y permanecieron en silencio por el resto del viaje, hasta que se detuvieron en un bar en medio de la ruta.

—Voy a cargar gasolina. Quedan todavía doscientos kilómetros hasta la Capital... Ve al baño, y lávate un poco. Pediré un café para ti. Te espero en el salón.

Paula estaba muy cansada para objetar. Cansada, frustrada... Agradecida. Cárdenas había llegado hasta allí con su armadura resplandeciente, a salvarla. Había sido bueno, suave y protector... Aquel ochenta por ciento adorable se había entremezclado con su lado mentiroso, pero esta vez por una buena causa.

Sin embargo...

¿Por qué, a la hora de hablar de Eusebio Cantagalli, parecía manejarse con tanta familiaridad? “Conozco al dueño del campo. Yo mismo voy a darle explicaciones”,

había dicho, con la sumisión propia de un empleado fiel que no quiere incurrir en falta.

¿Cuál era exactamente su relación con el hombre que había matado a Bru?

—¿Te sientes bien?

—Todavía estoy mareada y confundida...

—¿Quieres más azúcar?... Le puse dos, como lo tomas siempre, pero...

—Está bien, gracias...

—Tendrías que comer algo.

La joven se quedó en silencio por un segundo, pero luego estalló.

—¿Por qué nunca investigó a Cantagalli?

—Ya te dije... Porque con él no se juega.

—¿Y con el presidente, sí?

—Estoy acostumbrado a moverme dentro de la política. Son otros códigos... Cantagalli, en cambio, es un mafioso.

—Pero usted comenzó a investigarlo, y luego archivó todo... ¿Por qué?

—No tengo por qué darte explicaciones —respondió molesto, revolviéndose en su silla.

—¿Por qué? —volvió a preguntar ella, buscando sus ojos azules.

Por un segundo coincidieron en una mirada intensa.

—Porque, a diferencia de tu marido, yo no tengo a nadie que me llore... Y soy demasiado cobarde como para querer acabar en una zanja.

—Eso es mentira... Usted no le tiene miedo a nada.

—Si no le tuviera miedo a nada, Paula, hoy no estaría vivo... Si no le tuviera miedo a nada, jamás hubiera asesinado a un hombre... Y ya maté a dos.

Paula observó asustada a su jefe. Su mirada azul se había nublado, y su gesto denotaba un dolor profundo.

Ezequiel continuó.

—Cuando se lleva un arma, se está dispuesto a matar. Hoy te diste cuenta de que es así... ¿Qué hubiera ocurrido si hubieras disparado, Paula?... ¿Lo pensaste?... ¿Cómo sigue la vida después de eso?

La muchacha agachó la cabeza, apesadumbrada.

—Por eso no me gusta meterme con gente como Cantagalli —concluyó Cárdenas.

Una lágrima surcó la mejilla de Paula, y luego otro, y otra.

Sentado frente a ella, Ezequiel estiró su mano para enjugarlas, y la acarició con suavidad. Pero bastó aquel

roce para que la joven colapsara en un llanto profundo y sincero. Él se puso de pie, se sentó a su lado, y la contuvo entre sus brazos. Durante casi una hora se limitó a acariciarla, a escuchar su silencio. A compartir su dolor.

Luego de lavarse la cara otra vez, Paula regresó junto a aquel hombre que le había salvado la vida.

Y no volvieron a hablar por el resto del camino a casa.

* * *

—Ya llegamos...

Paula miró a su jefe confundida. Su cabeza era un verdadero lío. Y su corazón...

Cárdenas se bajó del auto para ayudarla. Abrió la puerta con delicadeza, le tendió la mano... Y como la primera vez que habían viajado juntos, la muchacha terminó atrapada entre sus brazos, cautiva de su influjo. Por unos segundos permanecieron quietos, parados uno frente al otro. Sin hablar...

—¡Paula! ¡Me tenías preocupada a morir! ¡Pensé que te había ocurrido algo! —aulló Greta, desde el otro lado de la calle, interrumpiendo aquel sentimiento.

Instintivamente jefe y empleada se separaron, mientras la joven llegaba hasta ellos.

—¿Estuvieron juntos? —preguntó con un tono que más parecía una acusación.

—Ya te contaré, Greta...

—Bueno —se disculpó Cárdenas—, ahora “sí” voy a tener que ir a declarar...

—Su chaqueta...

—Está bien... Tráela el lunes.

Escoltada por su amiga, la muchacha se dispuso a ingresar a su casa, con el paso lento y cansino propio de aquel que regresa de una guerra. Pero esta, para su desgracia, se había librado justo en el medio de su corazón.

Pero cuando ya había abierto la puerta de calle, y mientras Cárdenas la contemplaba a la distancia, Paula se detuvo.

Con decisión regresó al lado de su salvador, y una vez junto a él, buscó su mirada azul, y con sencillez, agregó.

—De verdad, gracias por todo... Ezequiel.

Obras de Clara Voghan disponibles en Internet

Un Saludo Distinto

Renata

Ana

Soledad, Sexo y Pedagogía

Pequeños Pecados

Volver a Empezar

A través de mis ojos

*Para obtenerlas en forma gratuita
visite*

<http://www.claravoghan.com.ar/>

Una novela romántica diferente.